

Editorial

Exclusión y Desarrollo Social

En uno de los textos de mayor difusión en América Latina, Eduardo Galeano sostenía, allá por el año de 1978,¹ que el desarrollo era una nave con más náufragos que navegantes. A más de treinta años de esa afirmación, hoy podemos constatar que, para la misma región sub-continental, sigue habiendo millones de náufragos, vistos como pobres y excluidos, esto es, el desarrollo social no ha llegado para esos náufragos sociales.

Mientras que, por un lado, el Desarrollo Social implica un esfuerzo para superar de manera integral condiciones de pobreza, marginalidad, exclusión y, con ello, elevar la calidad de vida de las personas, estimulando todo su potencial como seres humanos, por otro lado, la existencia de la exclusión social, si bien puede tener una explicación racional, teórica, coloca aun así a la sociedad frente a una cuestión ética injustificable y de urgente atención, debido a sus consecuencias sobre las personas, esto es, el sufrimiento que provoca y el cancelamiento desde el presente de las posibilidades futuras de desarrollo. En este sentido, en pleno siglo XXI, la exclusión es una forma de violación de prácticamente todos los derechos humanos que tal vez pueda explicarse, pero nunca justificarse. Ya ha pasado la primera década de este siglo y estamos por llegar a la mitad de la segunda década y, desafortunadamente, las expresiones de la exclusión social pueden verse en millones de personas.

Reducir la exclusión y borrarla de la vida de las personas y las sociedades requiere de esfuerzos múltiples, amplios y concertados. ¿Qué estamos haciendo para reducir, desde esta lógica, esa inaceptable forma de violencia? Como universitarios nos toca analizar, reflexionar, explicar y también proponer soluciones a problemáticas sociales. El lector encontrará en esta edición artículos que abordan la exclusión desde una perspectiva

¹ Se trata de *Las venas abiertas de América Latina*.

histórica y socio-espacial; otros que lo hacen desde el punto de vista del flagelo del hambre y la pobreza, así como de la infancia excluida y confinada a espacios restringidos; el lector encontrará también un artículo relativamente novedoso de exclusión y esfuerzos para atender a personas con discapacidades intelectuales.

Como un par opuesto pueden verse la exclusión y el desarrollo social. De esa manera se puede construir una visión de nuestra sociedad, pero es sano considerar que las visiones dicotómicas, si bien pueden ayudar a entender lo social en un tiempo y espacio determinados, también es cierto que pueden llevar nuestra mirada a centrarnos en cualesquiera de los dos extremos. Desde luego, la revista IXAYA no pretende alimentar este tipo de miradas de corte maniqueo, pues perdería de vista su apertura al conjunto de la gama de colores que se encuentran entre “lo blanco y lo negro”, sino que, antes bien, el aliento de este esfuerzo editorial se dirige a mostrar y reflexionar sobre el abanico más amplio posible de la mirada universal sobre lo social y lo humano.

Antes de pasar a la presentación de los artículos, queremos ofrecer algunas reflexiones sobre desarrollo social y exclusión. En este sentido, las definiciones de desarrollo social –como el lector las encontrará a lo largo de los artículos de este número– contienen reflexiones sobre conceptos tales como cambio social, transformación, bienestar, crecimiento económico, calidad de vida, derechos, participación, oportunidades, recursos, capacidades, convivencia, sustentabilidad, etc. Toda esta serie de reflexiones, desde la perspectiva del desarrollo, tratan de mejorar en términos prácticos dichos conceptos, llevando a cabo las acciones pertinentes para su consecución, mediante programas ya sea generales o específicos, y a través de promotores y/o agentes que entran en contacto con las personas, quienes, al mismo tiempo, implementarán procesos de participación grupal que, en algunos casos, requieren crear e instituir espacios que favorezcan la participación. En la medida en que procesos y acciones son “bien llevados”, se podrá decir que se están consiguiendo transformaciones que tienen que ver con el desarrollo social. En este mismo orden de ideas, cuando los agentes promotores del

desarrollo se comportan de manera instrumental, es decir, acrítica y mecánicamente, se corre el riesgo de fallar en las tareas del desarrollo y caer en el asistencialismo.

Por otra parte, si el desarrollo social se piensa y actúa fuera del contexto social en el que se encuentra, en el que se aplica, servirá, en la mayoría de los casos, apenas como paliativo, a lo sumo, tal vez, como una forma novedosa de asistencia.

Cuando vivimos de cerca la pobreza, la exclusión y los “remedios” sociales que se diseñan para combatir estos males consustanciales a la sociedad contemporánea, pero de génesis histórica de larga data, no podemos dejar de recordar a los miles, cientos de miles, millones de seres humanos que, a pesar de que contribuyen a generar riqueza, quedan fuera de ésta y sus cacareados beneficios.

Paradójicamente, pobres y excluidos consumen –o se esfuerzan mucho por consumir– los productos que simbólicamente “democratizan” el acceso a los bienes de consumo (léase: celular, cigarros, ropa, bebida gaseosa, etc.) y los colocan, de esa manera – simbólicamente–, en el mismo nivel de todos los ciudadanos. Lo que esconde este sistema es el costo (no el precio) de consumir un refresco para una persona que gana tres mil pesos al mes y otra que gana ochenta mil. Aunque al primero lo llene de energía para seguir trabajando, le cuesta un porcentaje significativo de su salario; mientras que el segundo lo hace nada más por gusto sin apenas impactar su salario.

Desde nuestro punto de vista, el Capital, el sistema social vigente, llámese capitalismo tardío, neoliberalismo, capitalismo global, capitalismo predatorio, o como se guste, está en una crisis relativa. Los daños que ha provocado el capital globalizado han alcanzado tanto a la naturaleza como a las personas; ecosistemas y vidas humanas no se recuperarán. ¿Quién enfrentará los daños causados? La humanidad que sobreviva a este sistema.

Precisamente, más que la crisis del capitalismo, del neoliberalismo, por las mismas consecuencias y el alcance que esta tiene, se está poniendo en crisis a la humanidad. Día a

día nos damos cuenta de que las medidas tomadas socialmente para distribuir la riqueza, para revertir los efectos del patológico deseo de ganancias a toda costa, son absolutamente insuficientes. Los programas sociales no pueden revertir la tendencia acumulativa del modelo social, por lo mismo son insuficientes cuando no ineficientes, pues van hacia las consecuencias y no a las causas; ahí reside su principal falla de origen. Nombrar así, claramente, las cosas, es un principio saludable. Debemos imaginar y actuar las posibilidades para impulsar transformaciones de largo aliento, pero sin desconocer el terreno que estamos pisando. Entre ellas, lo que significan y lo que se puede hacer a través de los distintos programas sociales, es decir, con la política social hecha práctica, con la cual la mayoría de nosotros trabajamos y la hacemos realidad.

El desarrollo social no duda de la capacidad de agencia de las personas. No obstante, si éstas se encuentran en una situación de exclusión social, sus condiciones son menos favorables para lograr transformaciones en su realidad.

Los agentes que se encuentran en una situación de marginalidad se ven más constreñidos por su entorno. Esta situación puede considerarse como un *fenómeno multidimensionado* por una combinación de elementos económicos, políticos, culturales, demográficos y de servicios, a la vez con efectos psicosociales en millones de seres humanos. La marginalidad se convierte en exclusión en la medida en que no se superan estas condiciones y, por el contrario, adquieren un carácter permanente. La reproducción de la exclusión social está en gran medida sustentada en lo simbólico e imaginario; al ser “naturalizadas” las relaciones de dominación, el dominado incorpora los órdenes socioculturales como evidencias incuestionables, pues a la exclusión de las esferas sociales se le agrega, automáticamente, la simbólica, al ser subvalorados y estigmatizados socialmente (las personas pobres, marginadas), lo cual acentúa y hace más fuerte el carácter excluyente de la sociedad.

De ahí que la mayor forma de dominación y de poder de un grupo social sobre otro se alcanza cuando las personas dominadas se perciban a sí mismas bajo los esquemas

culturales que las colocan en una posición de supuesta inferioridad. Tal como lo sostenía Erving Goffman –en el libro *Internados*–, cuando el individuo se subvalora y se imputa atributos profundamente desacreditadores, se reducen las posibilidades de un cambio en la posición que se tiene en las relaciones de dominación y, cuando ese es el caso, estamos asistiendo a la reproducción de la misma. Cuando la persona asume “su estigma”, ocurre entonces la subjetivación de la reproducción de la dominación.

Los programas de desarrollo social deberían incluir como parte de sus tareas la de develar los mecanismos simbólicos y culturales de exclusión social, y trabajar también sobre ellos.

El problema de la pobreza y la exclusión se perpetúa cuando generacionalmente los padres, junto con las instituciones sociales, transmiten a sus hijos los esquemas de percepción, denominados por Pierre Bourdieu –en su libro *Cosas Dichas*– como *habitus*, que los mantienen en la posición de dominados. El *habitus* está constituido de estructuras mentales que se interiorizan y que funcionan como disposiciones perceptivas en los agentes, que están ajustadas a su posición en la estructura del mundo social –sostenía Bourdieu en el texto de referencia. Según Bourdieu, debido al *habitus*, las personas excluidas, los agentes, aun los más desaventajados, tienden a percibir el mundo como evidente y a aceptarlo mucho más ampliamente de lo que podría imaginarse. Tomando en cuenta estas ideas, abordar los aspectos simbólicos y culturales se convierte en una tarea más para el desarrollo social, ya que la esfera de lo simbólico tiene un papel crucial en la reproducción de la exclusión en grupos sociales amplios.

Así, como sostiene Milena Grillo en un interesante artículo,² la exclusión social está configurada por la conjugación de privaciones socioeconómicas y otras prácticas discriminatorias. Si las relaciones sociales de dominación se concentran en rasgos

² Grillo, M. (2004). “Pobreza, violencia, niñez y adolescencia trabajadora doméstica: algunas consideraciones desde Costa Rica”. En R. Fletes e I. Irizzi (Orgs.). *Niños y adolescentes creciendo en contextos de pobreza, marginalidad y violencia en América Latina*. Río de Janeiro: PUC/CIESPI/Childwatch International Research Network).

identitarios específicos como los son la etnia, el género, la clase y la edad, cuando una persona acumula varias de estas características, su situación de desventaja es multidimensional.

Si las significaciones socioculturales que están construidas en torno al grupo social de pertenencia poseen un significado negativo, la discriminación posiblemente llegará al individuo no sólo por los otros, sino también a través de sus pares, de aquellos que forman parte del “nosotros” e, incluso, por su propia forma de percibirse a sí mismo. Cuando la miseria tiene moldes de género, etnia, origen (rural o urbano) y otros –sostiene Grillo en el mismo texto–, es fácil que la exclusión se asimile por una gran parte de la sociedad, tal como sucede en México y en América Latina.

Las formas de dominación y exclusión toman matices aún más complejos cuando a lo anterior se agrega el hecho de que al hacer énfasis en las categorías de género, clase, etnia, etc., se están reforzando las distinciones entre estos grupos. Bourdieu (en el libro mencionado párrafos antes) indica que la eficacia simbólica depende del grado en que la visión propuesta está fundada en la realidad. Al construir estos grupos a nivel teórico se hace con un sustento en lo real. El poder de lo simbólico, el poder de la palabra, revelan lo que ya existe, pues, como sostiene el mismo autor, un grupo, clase, sexo, región, nación, no comienza a existir como tal, para aquellos que forman parte de él y para los otros, sino cuando es distinguido, según un principio cualquiera, de los otros grupos, es decir, a través del conocimiento y el reconocimiento.

Entre las preocupaciones del trabajo académico en estos temas, está la de no reproducir y naturalizar los esquemas mentales de percepción que legitiman las relaciones de dominación. Por el contrario, consideramos que los científicos sociales tenemos la responsabilidad de cuestionar el orden social, sobre todo si observamos que es éticamente insostenible, pues se mantiene a costa del sufrimiento de muchos de sus ciudadanos. Las tareas académicas, en este sentido, tienen un papel teórico y práctico que redundan en beneficio de la propia sociedad de la que son parte.

El artículo de Fernando Calonge nos muestra de manera brillante una de las tareas pendientes de la Revolución Mexicana, pues los campesinos expoliados por el sistema hacendario que originó ésta, aún se encuentran en situación de miseria. Se trata de un ejemplo, soportado en una rica mezcla de técnica historiográfica, de cómo la exclusión, pobreza y segregación socio-espacial se mantiene entre la población campesina de la región veracruzana estudiada. A partir de este trabajo bien podemos preguntarnos: ¿cuántas revoluciones serán necesarias para que el desarrollo social llegue a los campesinos mexicanos?

Por su parte, el artículo de Socorro Moyado, con abundante información cuantitativa, confirma la insuficiencia de los programas diseñados para combatir la pobreza y exclusión social en Oaxaca. La amplitud de estos programas en ese estado, nos habla de la amplitud de la exclusión y, a pesar de ellos, su persistencia. El uso de indicadores pertinentes para observar cambios en condiciones de desarrollo social, como ingreso, salud, educación y vivienda, no muestran el efecto positivo de inversiones millonarias; la autora señala la falta de trabajo en el fortalecimiento del capital social, un elemento constitutivo de lo cultural; vale la pena intentar trabajar aspectos no incluidos en el programa *Oportunidades* analizado, pues Moyado muestra que la actual forma de llevarlo a cabo no está consiguiendo sus fines enunciados.

Otro ejemplo palpable de lo errático de las políticas sociales sustentadas en un modelo de producción y consumo de alimentos nos es presentado por Manuel A. Espinosa. Es evidente, y el autor lo muestra con datos suficientes, que el interés primordial de estos esquemas de matriz económica, es la de producir ganancias y que estas se quedan en las grandes empresas, no en los productores. En un tema que es clave para el desarrollo social, como es el de la alimentación, parecen importar más las grandes empresas que los millones de seres humanos que padecen hambre. Tal es la lógica del modelo social vigente.

Un trabajo relativamente novedoso en nuestro medio es el que presenta Roberto Govela, ya que la población con discapacidad intelectual apenas está siendo visibilizada e

incorporada a programas de atención, si bien insuficientes aún. La perspectiva crítica a lo que se hace en Jalisco nos permite ver el reto que enfrentamos, tanto en nuestro estado como en todo el país. El artículo, con abundante información, nos exige dar respuesta a esta población, pero alejados de la visión lastimosa y asistencialista. Es urgente que ellos sean considerados ciudadanos con derechos plenos y, por lo tanto, que sean incluidos como tales en la sociedad.

Por su parte, el texto de Paula Ibarra nos permite penetrar puertas adentro de una institución que, independientemente de sus postulados, nos muestra cómo la sociedad de adultos parece tratar como sub-ciudadanos a un grupo de niños que, por razones de pobreza, se acentúa su exclusión social. La autora nos muestra la estrategia seguida para incluir a los niños con los que trabajó, en el diseño del reglamento de convivencia interna. Los resultados de esta actividad nos muestran cómo, aún en condiciones de exclusión, la infancia construye, crea; en ese acto se restituyó –aún cuando sea de manera temporal– el derecho a opinar y participar que tiene todo niño. Por otro lado, ninguna sociedad puede hablar de desarrollo social pleno mientras mantenga a niños en espacios confinados y que la razón para ello esté asociada estrechamente a razones de pobreza.

Los artículos presentados en IXAYA amplían la mirada a los múltiples matices que evidencian las formas de exclusión social, un lastre inaceptable para la humanidad.

Se agregan, además, las reseñas presentadas por Berenice Barragán y Francisco Lavolpe, que nos aproximan con actualidad a este tema. La primera nos comparte las cuestiones de las finanzas populares y el desarrollo local, con las reflexiones de las autoras María Arcelia Gonzáles Butrón y Carola Conde Bonfil, mientras que el segundo nos acerca a las reflexiones de Graciela Tonon con su libro *Young people's quality of life and construction of citizenship*, en el que focaliza las relaciones entre calidad de vida y construcción de ciudadanía de los jóvenes, considerando el escenario de la comunidad y el de la universidad.

Finalmente, podemos decir que la exclusión social tiene una larga historia, y se mantiene arraigada en nuestra sociedad contemporánea, a pesar de múltiples y publicitados programas contra ella. Contener la pobreza, la exclusión, a partir de incidir en las condiciones sociales que la producen, será un largo y difícil camino, pero ese es el reto de la sociedad mexicana; no hacerlo, no intentarlo, nos mantendrá como una sociedad inhumana que sacrifica a sus ciudadanos. Se trata de impulsar transformaciones que no tocan solamente lo económico, sino también los ámbitos políticos, sociales, culturales y simbólicos; en realidad, se trata de un cambio cultural donde el ser humano sea prioritario para el desarrollo social.